Walker en Nicaragua [1]

El Nuevo Mundo tiene sus héroes como el viejo. De los dos lados del Atlántico se matan las gentes gloriosamente, pero con resultados muy diferentes. Mientras que cuatrocientos ó quinientos mil hombres se disputaban en Crimea las ruinas de una ciudad aplastada por las bombas, quinientos americanos de los Estados Unidos, guiados por Walker, se apoderaban de Nicaragua; es decir, de un país casi tan vasto como Inglaterra y el país de Gales y que dentro de algunos años será el centro de las comunicaciones de la China, de las islas de la Sonda, de Java, de Borneo, de las islas Sandwich y de Australia con los Estados Unidos, Méjico, la Nueva Granada, el Brasil y Europa. Pero ¿quién se interesaba en Francia, en Alemania, en Italia, en Rusia por Walker y Nicaragua? Sólo Inglaterra se preocupó del asunto. Desde que una nación vecina o lejana se engrandece por cualquier lado que sea, puede estar segura de llamar la atención inquieta del gobierno inglés. Ninguna nación habla tan a menudo ni en voz tan alta de su filantropía y su ternura para con todos los demás pueblos y, sin embargo, ninguna otra encuentra, quizás, menos simpatías en el mundo entero. ¿De dónde procede este desacuerdo aparente? ¿De dónde viene que tanta ingratitud recompense tanta abnegación? Consiste en que en medio de sus protestas liberales, se siente siempre en la raza anglosajona un fondo de egoísmo y de avidez, que es una de sus características y que la arrastra a ejercer una celosa vigilancia de un extremo a otro del mundo.

Según los periódicos ingleses, Walker es un facineroso digno de la horca; sus soldados son unos asesinos y unos bandidos, y los banqueros que hacen los gastos de la empresa, especuladores ávidos que trafican con la sangre y la libertad de los pueblos. Es preciso confesar que hay algo de verdad en este retrato poco favorecido; pero es que los celos nacionales han trazado sus rasgos principales. Pronto se verá lo que de esto se debe creer. De otra parte, conforme a lo que dicen los periódicos de Nueva York, del Kentucky y de la Luisiana, Walker es un héroe, mártir de su entusiasmo por la libertad. Sus amigos, la flor de las gentes honradas del Nuevo Mundo, sólo tienen en mira la felicidad de los hombres y la prosperidad de la América Central. Se dice que se reparten

---

(1) Este artículo, traducido del francés, se publicó en la "Revue des Deux Mondes" de París, el 15 de agosto de 1856. Su autor, Alfred Assollant, era uno de los escritores franceses de renombre en aquel tiempo y, como se puede ver, estaba bastante bien informado de lo que a la sazón ocurría en Nicaragua.

las mejores tierras de Nicaragua y el contenido de las cajas públicas; pero ¿no debe acaso vivir el sacerdote del altar? En fin, a sus esfuerzos se deberá la apertura tan deseada de este istmo, que es el único obstáculo para el comercio de cuatro continentes y los progresos de la civilización.

Resulta bastante difícil decidirse por unas u otras de estas aseveraciones contradictorias y afirmadas de ambas partes con igual calor. Sin embargo, hasta ahora los ingleses llevan la ventaja en la opinión de Europa; pero esta ventaja estriba principalmente en que sólo ellos tienen la palabra en el debate. En Europa muy pocas gentes leen los periódicos americanos. Los que los leen están prevenidos contra la prensa yanqui por las costumbres de exageración y de gritería, que son comunes a todas las repúblicas democráticas, y no reflexionan que no por hacerlo en forma más cortés y más sociable, se miente en las monarquías con menos descaro. De modo que vemos establecerse, sin que se la contradiga, la opinión de que los yanquis son una raza de gentes sin freno ni escrúpulos, que no conocen más derecho que la fuerza ni más ley que su antojo. Por lo que hace a nosotros, que por desgracia nos desinteresamos demasiado en la querella, podemos, sin adular a nadie, seguir las huellas de la verdad entre estos testimonios divergentes. A la distancia en que estamos colocados, la Historia es imparcial. El espacio tiene, como el tiempo, la propiedad de situar los objetos en su verdadero punto de vista. Importa poco a Europa que el canal que ha de atravesar la América Central y servir de comunicación a los dos océanos pertenezca a Inglaterra o a los Estados Unidos, si el uso de ese canal se convierte en un monopolio en manos de los que lo construyan. Nicaragua no debe ser ni una colonia inglesa ni una colonia americana, sino una gran ruta abierta para todos los pueblos. Quienquiera que sea el que pretenda confiscar para su exclusivo provecho una empresa que es propiedad del género humano, es el enemigo de todas las naciones.

No es este el lugar para hacer una descripción detallada de la América Central. Este país, antaño tan poco conocido, ha llegado a ser, gracias a Walker y los documentos diplomáticos de los ingleses y de los americanos, tan célebre en Europa como Crimea después de la batalla del Alma. Sin embargo, para que se vea bien la importancia de la posición de que Walker se ha apoderado, es menester recordar en algunas palabras la geografía del país.

Al Sur de Méjico, al Norte de la Nueva Granada, uniendo los Andes de Méjico con los de la América Meridional, se extiende una elevada meseta cuyas dos extremidades se hunden, la una al Oeste en el Océano Pacífico, la otra al Este en el mar de las Antillas. Las altas montañas que sostienen esta meseta y defienden el istmo contra el choque de dos océanos, avanzan primero en una

sola masa desde los Andes de Panamá hasta el lago de Nicaragua, en donde bajan para volver a levantarse bruscamente, al Norte del lago, cubriendo con sus ramificaciones los Estados de Nicaragua, Honduras y San Salvador. Entre esas sierras que se prolongan al Nordeste en Yucatán, un gran número de ríos poco importantes, pero profundos y cuyo curso está embarazado por reciales, riegan valles de una fertilidad extraordinaria. En ellos se encuentran en abundancia todos los productos tropicales, el café, el cacao, el azúcar, el achiote, la piña. En las alturas el clima es templado y salubre. A unos 150 pies sobre el Océano Pacífico está el gran lago de Nicaragua, que se comunica de un lado con el de Managua y de otro con el mar de las Antillas por el río de San Juan, el más importante de la América Central. Este país, cuya superficie es de 16,000 leguas cuadradas, formaba en otro tiempo la confederación de Guatemala, dividida hoy en cinco Estados independientes: Guatemala, Honduras, Nicaragua, San Salvador y Costa Rica. La costa de Honduras está ocupada por un pueblo medio indio, medio negro, los Mosquitos, cuyo rey es vasallo y protegido de los ingleses.

Colocados así en el centro de las dos Américas, en el punto en que se ha de hacer el canal que unirá los dos mares, pareciera que los diversos Estados de la antigua confederación guatemalteca, y en particular Nicaragua, debieran ser los países más ricos, más prósperos y más felices de la tierra. Infortunadamente esas repúblicas se parecen a todas las que han salido de los pedazos de la antigua monarquía española: la anarquía es en ellas permanente. Olvidando que sólo la unión más estrecha, la industria, el trabajo podían mantenerlas contra los ataques de Inglaterra y de los Estados Unidos, se han hecho la guerra entre ellas. No hay que sorprenderse de esto. ¿Qué unión se podía esperar de esta mezcla de tres razas que se detestan recíprocamente? El indio caribe desprecia al negro, que a su vez lo odia, y los dos odian al criollo, el cual los desprecia. Lo único que tienen de común estas tres razas es un santo horror por el trabajo. Los soldados saquean; los frailes, que ya poseen la mitad de las tierras, mendigan el producto de la otra mitad y dan con esto el ejemplo al resto de la población, que mendiga a su vez, invocando piadosamente a Jesucristo y a los santos apóstoles.

En aquel país, desde que un hombre sabe montar a caballo, ya está hecha su educación militar. Si a esta habilidad añade algunos pesos y el arte de gastarlos oportunamente, cincuenta o sesenta bandidos se reunen, lo toman como jefe, se intitulan *liberales*, *federalistas* o *unitarios*, según el lugar o las circunstancias, anuncian el proyecto de libertar a la patria oprimida y hacen un pronunciamiento. Al día siguiente su jefe es dictador, o emperador, o presidente de república, Rosas, Iturbide, o Santa Anna. La patria

está salvada durante más de seis meses, hasta que otro jefe no menos desinteresado, no menos glorioso, no menos invencible, se subleva a su vez y hace fusilar al primero. Algunas veces éste toma la delantera y se fuga a Inglaterra o a los Estados Unidos con el fruto de sus economías.

En medio del desorden universal, los yanquis se apoderan del comercio, de la industria, del cultivo de las tierras; sólo ellos escapan, gracias a la protección de su gobierno, a los desastres que nacen de las continuas revoluciones. Y pronto, cuando han llegado a ser bastante numerosos para dominar a su nueva patria, echan mano abiertamente de la fuerza, intimidan a los desventurados guatemaltecos, pesan sobre las elecciones, se cubren con el nombre de algún jefe indígena cuya traición les abre una entrada en todas partes, se convierten en dueños del poder, del tesoro, de las tierras públicas, se reparten estos despojos y amenazan con llevar hasta el istmo de Panamá la frontera de los Estados Unidos. Tal es en pocas palabras la historia de Walker.

Podríamos preguntarnos aquí si el derecho de gentes ha ganado mucho con el progreso de la democracia en ambos mundos, y si no es igualmente fácil arrastrar a todo un pueblo que a un hombre solo por el camino de la injusticia y de la usurpación. Un rey, al menos, por muy absoluto que sea, es responsable de los actos de su gobierno, y cuanto más absoluto sea, tanto más responsable es; pero una muchedumbre es siempre irresponsable. ¿Qué cuentas se pueden pedir a veintitrés millones de hombres? Cualquiera que haya sido su voto, un ciudadano responderá siempre: No es mi veintitrés millonésima parte de voluntad nacional la que ha decidido la cuestión. ¿Por qué se dirige usted a mí antes que a mi vecino? Esta observación, lejos de ello, no es una crítica de la democracia, que hoy es la forma necesaria de la mayor parte de las sociedades civilizadas, y que no podemos dejar de soportar, aun cuando no nos guste; pero hasta que no llegue el día en que la opinión pública de todas las naciones juzgue a los pueblos prevaricadores y sea bastante fuerte para hacer respetar sus fallos, debemos confesar que la paz del mundo, cualquiera que sea por otra parte el poder de los intereses y de las ideas filosóficas, corre gran peligro de verse ciegamente comprometida por masas ignorantes y brutales.

La empresa de Walker no es la primera de esta clase (1). Sin remontarnos hasta Hernán Cortés, que hizo con unos miles de

(1) Hacia 1820, un primo lejano de Rob Roy, Mr. Mac Gregor, después de haber herborizado mucho tiempo en Colombia y con pretexto de combatir a los españoles y libertar a América, tomó, en recompensa de sus hazañas, el título de general. Reunió algunos soldados, se apoderó de la isla de Roatán, frente a la Costa de Mosquitos, entabló relaciones con Jorge Federico, jefe de los Mosquitos, lo invitó a comer y, después de la comida, aprovechó la embriaguez del salvaje para hacerle firmar un docu-

hombres la conquista de Méjico, la historia de las antiguas colonias españolas nos hace ver en varios encuentros, la suerte de un país casi tan vasto como el imperio romano decidida en una hora por una partida de aventureros. En 1839 un jefe de los Mosquitos vendió a dos ciudadanos de los Estados Unidos, los señores Peter y Samuel Shepherd, sus acreedores, un territorio de 22.500,000 acres (cerca de 8 millones de hectáreas). Los concesionarios fundaron una *compañía para la colonización de la América Central,* cuyo director, Mr. Benjamín Mooney, reside en Nueva York. El centro de operaciones de esta compañía está en Greytown, en la desembocadura del río San Juan. De las concesiones hechas por el jefe mosquito a los señores Shepherd datan las invasiones de los Estados Unidos en la América Central. "¡Tanto peor para el rey de los Mosquitos si ha otorgado una concesión!—dice a este respecto un historiador americano—. La reina de Inglaterra, que lo trata como a su hermano en realeza, no puede a buen seguro quejarse de la manera en que ha hecho uso de sus derechos". ¡Tanto peor para los débiles! *Capítulo primero de la Historia universal,* como dice Fígaro.

Por su lado los ingleses proseguían lentamente en sus proyectos de conquista. Desde hacía dos siglos habían puesto los pies en el continente con pretexto de proteger contra España a una tribu de salvajes medio negros, medio caribes, los Mosquitos, cuyo jefe recibe una pensión del gobierno inglés a cambio de las ocásiones que proporciona a Inglaterra de mezclarse en las querellas de la América Central. Hacia 1783 esas relaciones, que existían de hecho desde hacía largo tiempo, fueron regularizadas por un tratado que permitió a los ingleses fundar en Belize, Honduras y Yucatán establecimientos para la explotación de la caoba y de los palos de tinte. Esos establecimientos, meras factorías de mercaderes, tenían

---

mento por el cual Jorge Federico le vendía por algunas botellas de ron la parte de sus Estados conocida con el nombre de Poyaisia. Hecho el documento en debida forma, se trataba de tomar posesión del país cedido. Mac Gregor, dejando allí a su convidado, partió para Inglaterra. Por fortuna para él, las especulaciones sobre América hacían entonces furor en la bolsa de Londres. Tan sólo se soñaba con colonizar y explotar ese país maravilloso cerrado por los celos de España a todas las naciones marítimas. Por todas partes se formaban sociedades para la navegación de los ríos, la construcción de canales, la explotación de las minas de Potosí y la propaganda de la religión protestante. Mac Gregor fué recibido con entusiasmo. Se creyó en el porvenir de este rey improvisado. Era un Raleigh, un Clive, un Hastings. El "empréstito real poyáis", apenas emitido, se cotizó con fuerte prima, y el dinero cobrado sirvió en primer término para pagar las deudas del nuevo rey, luego para fletar algunos buques en que Mac Gregor se embarcó con varios miles de colonos. Llevaba a sus nuevos súbditos una constitución modelo, quiero decir calcada sobre la de Inglaterra: cámara de los lores, cámara de los comunes, responsabilidad de los ministros, inviolabilidad del rey, ley sobre la regencia, no faltaba nada de lo que hace la felicidad de los pueblos y el gozo de los parlamentos; pero Jorge Federico y los poyaisinos lo recibieron a tiros. Los colonos se dispersaron, los suscriptores del empréstito reclamaron su dinero; Mac Gregor, asustado, se fué al continente y ofreció su reino a los parisienses, que no lo quisieron. Así fué como nació y murió el reino de Poyaisia. **(Nota del autor).**

poca importancia cuando en 1848 la conquista de California por los americanos del Norte y el descubrimiento de las minas de oro atrajeron en algunos meses más de trescientos mil aventureros, procedentes de todos los países del mundo. Entonces fué cuando se pensó seriamente en abrir, ya fuese por medio de un ferrocarril o de un canal, un camino hacia las islas Sandwich y California. En el mes de febrero de 1840 el "Times" llamó la atención de los capitalistas sobre las ventajas de una ruta que atravesara por Nicaragua. Añadía que los Estados Unidos no podían, con sólo sus propias fuerzas, realizar semejante empresa. En tanto que éste y otros varios periódicos ahondaban la cuestión mediante discusiones estériles, pero sabiamente razonadas, se supo que los Estados Unidos estaban negociando con Nicaragua. En el acto se exclamó que en provecho propio iban a desmembrar la América Central, y el ministerio inglés acudió a su expediente ordinario, o sea el de *proteger al rey de los Mosquitos*.

Habiéndose formado en Nueva York una compañía el año de 1850 para la construcción del canal, sus jefes, los señores Vanderbilt y White, ofrecieron a los ingleses emprender a medias con ellos esta gran obra y hacer por iguales partes el repartimiento de riesgos y beneficios. Esta oferta equitativa y política no tuvo ningún éxito, por no querer los ingleses concurrir a una empresa de la que debían aprovecharse sobre todo sus rivales. Sin preocuparse de los obstáculos que el gobierno inglés multiplicaba secretamente en torno de ellos, ni de la pérfida compasión con que los periódicos ingleses inventaban o exageraban los peligros del viaje a través de Nicaragua, Vanderbilt y sus socios celebraron un tratado ventajoso con este Estado, y con sus esfuerzos acortaron en diez días el viaje de Nueva York a San Francisco. Hoy ese viaje no dura más que diez y nueve días. Dos rutas principales se hacen la competencia para el transporte de las mercaderías y los pasajeros que van a California: el ferrocarril de Panamá y la ruta de Nicaragua. Se puede juzgar de la importancia de estas dos rutas por la del tránsito. En 1855, de 42 millones de dólares enviados de California a Nueva York, 29 millones tomaron la ruta de Panamá, y 13 millones la del río de San Juan.

Hasta aquí no hay en las empresas de los americanos nada que no sea pacífico y legal (1): hasta se debe confesar que han sido

---

(1) El escritor alemán Wilhelm Marr no tenía tan buena opinión de la empresa de Vanderbilt. En el libro que publicó sobre el viaje que hizo a Nicaragua en 1852 dice: "La fama de que gozaba esta **Transit Company** era apenas menos buena que la de las honorables gavillas de los Cartouche, Rinaldini y otras notabilidades de la alta industria. Así por ejemplo, se anunciaba en Nueva York que todo pasajero que se dirigiese a San Francisco podría llevar en el **steamer** tanto equipaje como quisiera. Naturalmente, más de un pobre diablo cargaba con todo su ajuar para instalarse en San Francisco de modo barato; pero tan pronto como fondeaba el vapor en Greytown, se presentaban a bordo los agentes de la compañía y se ponían a pesar el equipaje,

útiles al mundo entero así como a sí mismos, al abrir una ruta al comercio a través de aquellas fértiles soledades, y la influencia que habían adquirido en la América Central tan sólo era la recompensa legítima de sus esfuerzos; pero la violencia no debía tardar en destruir o tal vez en completar la obra de la industria. Sin embargo, las primeras culpas no son suyas. En estos últimos años se ha hablado mucho de las usurpaciones de los Estados Unidos. Esta acusación, con frecuencia muy fundada, la pueden ellos devolver a Inglaterra que los acusa. El gobierno inglés, que había visto con envidia la anexión de Texas y de las Californias, pero que sobre todo tiene miedo a una guerra con los Estados Unidos, temió verlos apoderarse de aquella posición tan importante, en la que, según todas las probabilidades, será construído el famoso canal que debe separar las dos Américas y unir los dos mares. A despecho del tratado Clayton-Bulwer, celebrado en 1850 y que prohibe a los dos pueblos todo ensanche en la América Central, reunió por decreto del 17 de julio de 1852 las islas de Roatán, Bonaca, Utila, Barbarita, Helena y Morate, bajo el nombre de "Colonia de la Bahía de las Islas". Al propio tiempo arrebató por fuerza y sorpresa a Nicaragua la ciudad de San Juan, la cual, situada en la desembocadura del río de este nombre, en el mar Caribe, domina la entrada del futuro canal, y se la dió al rey de los Mosquitos, que bajo las órdenes del gobernador inglés posee la costa de Honduras. Esa ciudad tomó entonces el nombre de *Grey Town*. Posteriormente el coronel Kinney la ha reconquistado y devuelto a Nicaragua.

Este acto de agresión contra un pequeño Estado incapaz de defenderse y que su misma debilidad debiera haber protegido, irritó profundamente el sentimiento nacional en los Estados Unidos. Por

---

haciendo pagar un real (diez centavos) por el flete de cada libra **across the Isthmus.** A los pasajeros les arrebataban y pesaban los paraguas, bastones, sombreros y abrigos que tenían en las manos. Eran formalmente estafados... Durante la comida me enteré de que todo lo que en el mundo se había pregonado a son de trompetas sobre Nicaragua y la canalización del istmo, no pasaba de ser el más desvergonzado **humbug** americano. La **Transit Company** había hecho con el Gobierno de Nicaragua un contrato mediante el cual adquiría por treinta años el monopolio del transporte de pasajeros y mercaderías a través del istmo, debiendo pagar a la República un dólar por el derecho de tránsito de cada pasajero. La compañía se había obligado después a construir dentro de nueve años un canal navegable entre los dos océanos. Con este contrato en la mano, el hermano Jonathan (según su costumbre) emprendió el negocio. Al río se llevaron **river steamers** y se lanzaron vapores al mar; se adquirieron grandes recuas de mulas para transportar californianos de la bahía de La Virgen a San Juan del Sur, a la orilla del mar, desde donde se les despachaba a San Francisco en los **California steamers.** La Compañía no volvió a pensar en el canal y bien puede ser que nunca pensara seriamente en él. Calculó que en nueve años se podía reunir una bonita suma de dinero. Acudieron aventureros de todas clases, estableciéndose en Greytown o en el Castillo Viejo, a la margen del río. Unos en La Virgen, a orillas del lago, otros en San Juan del Sur, sobre las playas del Océano Pacífico, todos se pusieron a especular con los californianos que pasaban. Con todo, la cosa habría tenido su parte buena si se hubiesen traído colonos a estas regiones hasta entonces inhospitalarias; pero la Compañía, a causa de disputas con las autoridades locales de Greytown, trasladó su empresa a Punta Arenas y llevó sus pasajeros directamente de los **steamers** del mar a los del río, asestando con esto un golpe mortal al esperado florecimiento del puerto".

todas partes se gritó que la política del gobierno inglés era una política de rapiña y de saqueo; que el ataque hecho a un pueblo tan débil, en plena paz, era a la vez una cobardía y una traición; que el pretexto con que Inglaterra cubría este ataque, o sea los reclamos del rey mosquito, era una mentira. Así era cómo se había quedado con Malta a pesar de las estipulaciones del tratado de Amiens; cómo protegía a viva fuerza las Islas Jónicas; cómo había tomado y conservado la colonia del Cabo a pesar del deseo bien conocido de sus habitantes; cómo había atacado el Afganistán para impedir que los rusos pusiesen los pies en Persia; cómo había ocupado a Hong Kong para envenenar por fuerza a los chinos con opio; cómo había conquistado el Escindo, el reino de Asam, el Pendjab, la Birmania, toda la India; cómo se había apoderado de Aden, con pretexto de convertirlo en estación carbonera y en realidad para cerrar a los demás pueblos la entrada del mar Rojo. Se recordó la historia de Dom Pacífico y de la marina griega, arruinada por las reclamaciones de un judío; se anunció que Inglaterra quería, o impedir la construcción del canal, o reservarse su monopolio construyendo una fortaleza a la entrada del río San Juan. Con la lógica de las gentes interesadas y apasionadas, se llegó a la conclusión de que no había que dejar a un Estado tan débil como Nicaragua el cuidado de defenderse; de que interesando la cuestión a todas las naciones, cada una de éstas tenía el derecho de intervenir; de que se trataba de un caso de fuerza mayor en el que había que elevarse más arriba de la justicia ordinaria y legal para llegar a la justicia verdadera y equitativa, y, caso de que debiera haber usurpación, más valía para los nicaragüenses convertirse en uno de los Estados de la Unión americana que en colonia inglesa. De aquí los proyectos de invasión de Walker y de Kinney. En ese pueblo aventurero, de la palabra a los actos no hay más que un paso. En él se encuentran siempre gentes listas a ejecutar lo que otros han proyectado. Justo o injusto, poco importa, siempre que su propio interés o el de su patria encuentren en ello su conveniencia. Es el patriotismo antiguo de Roma y de Esparta, un poco suavizado por las costumbres modernas. Desde que se vió alguna utilidad en apoderarse de Nicaragua, la suerte de este infortunado país quedó decidida. Ya no subsistía sino por un prodigio de equilibrio; es decir, por el temor recíproco que tenían la una de la otra dos naciones rivales. Mientras ese temor era igual de ambos lados, podía mantenerse la paz; pero un incidente imprevisto y ajeno a la cuestión apresuró el desenlace. Me refiero a la guerra de Oriente.

Se sabe la parte que Inglaterra ha tomado en esta guerra. Inútil es recordar que el ejército inglés sostuvo gloriosamente, hombre por hombre, el honor de la bandera, y que cada soldado mostró un valor incontestable. Todo el mundo lo esperaba así; pero lo que

sorprendió a Europa y a América fué el pobre resultado de tantos esfuerzos y tanta sangre derramada. Una mala administración, jefes más nobles que hábiles, más viejos que experimentados, miserias en verdad muy grandes, pero tal vez exageradas adrede por los mismos periódicos ingleses, menoscabaron singularmente el prestigio de Inglaterra en el mundo. Todos los débiles se alegraron de esto y vieron la mano de la Providencia en la destrucción del ejército inglés. En los Estados Unidos fué considerable la impresión causada por estos acontecimientos. En ellos se vió la próxima decadencia de Inglaterra. Se contaban, hasta se exageraban con maligno regocijo las miserias demasiado reales de ese ejército tan alabado. Se simpatizaba con los rusos, se ponderaban las virtudes militares de los franceses, el valor afortunado de los zuavos; se les atribuía exclusivamente la gloria del Alma, de Inkermann, de la toma de Sebastopol. En fin, de todas maneras le revolvieron el puñal en el corazón a la orgullosa Inglaterra. Este momento fué el que un partido todopoderoso en los Estados Unidos creyó favorable para desafiar impunemente al gobierno inglés y arrebatarle su presa; porque la invasión de Walker no es la obra de algunos aventureros sin apoyo en la nación. No es una fantasía aislada la que ha empujado a ese aventurero hacia Nicaragua; tampoco es, como en el caso del desventurado Raousset-Boulbon, un deseo romántico de aventuras y la gloria de fundar un imperio. Todo es positivo en el alma, el corazón y los cálculos de un yanqui. Walker no es más que el audaz y hábil instrumento de los especuladores de Nueva York y de Nueva Orleáns. Este héroe, de quien los periódicos de Nueva Orleáns, del Kentucky y de Misuri hacen tan pomposo elogio, no tiene en su vida nada que lo distinga de diez mil aventureros menos afortunados y menos célebres. Como todo el mundo en los Estados Unidos, ha ejercido veinte oficios diferentes: abogado, médico, periodista, buscador de oro. Como todo el mundo allí, se nombró general por su propia autoridad y se hizo una reputación militar proclamándose invencible. Es fanfarrón y mentiroso como un mejicano; es atrevido, ávido y sin escrúpulos como un yanqui; tiene todas las calidades que elevan a un hombre al imperio o a la horca. "El general Walker—dice uno de sus partidarios, autor de "El Porvenir de Nicaragua"—, nació en Tennessee. Ha ejercido la profesión de abogado. Muy joven hizo un viaje a Europa y terminó su educación en una de las universidades alemanas, en donde aprendió el francés, el alemán, el español y el italiano; después siguió los cursos de la Escuela de Medicina de París. Más tarde se hizo periodista en Nueva Orleáns, en donde su cara pálida y delicada, sus brillantes ojos grises, la expresión pensativa de su fisonomía lo hicieron notar".

Hastiado de todos los oficios que había ejercido sucesivamente, Walker emigró a California; redactó durante algún tiempo

el "Herald" en San Francisco, pero pronto rompió su pluma de periodista y se hizo abogado en Marysville, en donde ganó mucho dinero, dice su panegirista. Hasta allí, ni los periódicos que redactó en Nueva Orleáns y San Francisco, ni los enfermos que mató o curó, ni las causas que defendió le habían dado gran reputación. Las gentes estaban lejos de adivinar en ese oscuro practicante al rival de Washington, al conquistador y libertador de Nicaragua. Al fin se presentó la ocasión de hacer admirar al mundo ese gran genio y ese gran carácter.

Los habitantes de la provincia de Sonora (Baja California) tomaron las armas contra Santa Anna, proclamaron su independencia, fundaron un gobierno liberal y llamaron en su ayuda a los californianos. Walker acudió uno de los primeros con algunos centenares de americanos; pero ya fuese que un súbito cambio de opinión reconciliase a los de Sonora con Santa Anna, o que tuviesen más miedo al peligroso aliado que habían llamado que a su enemigo, Walker fué derrotado y regresó a San Francisco. "Fué vergonzosamente traicionado por los mejicanos—dice uno de sus amigos—. Cierto es que sufrió un revés, pero desplegó en esta expedición una energía indomable, una perseverancia de voluntad, una paciencia a toda prueba que probaron que poseía todas las cualidades de un jefe de ejército". Este comienzo desventurado, que hubiese debido desalentar a Walker, hizo por el contrario su reputación entre los aventureros que de Europa o de América afluían en Nueva York, San Francisco y Nueva Orleáns. Pronto se vió esto ser así.

Entre todos los Estados cuya debilidad y cuyos tesoros pueden tentar la codicia, Nicaragua ocupa el primer puesto. La natural ventaja de su situación entre los dos mares, la fertilidad de su suelo, la ignorancia y la pereza de la población, por otra parte diseminada (apenas 300,000 habitantes en un territorio de 5,000 leguas cuadradas), las guerras civiles durante las cuales es tan fácil pescar en río revuelto y achacar al espíritu de partido los excesos que causaría horror cometer en tiempo de paz, todo debía traer poco a poco a los americanos a Nicaragua. Tan sólo faltaba el pretexto para la invasión. Un nicaragüense fué lo bastante ciego o lo bastante enemigo de su país para suministrarlo.

A principios de 1854 dos candidatos, don Francisco Castellón y el general don Fruto Chamorro, se disputaban la presidencia de esta pequeña república. Castellón era el jefe del partido liberal, Chamorro el del partido aristocrático, que Walker y sus amigos, para justificar su invasión, han llamado el partido de la tiranía. No hay que olvidar que de modo general los sucesos que vamos a referir tan sólo se conocen por los relatos de Walker y sus partidarios, o por las declamaciones interesadas de los periódicos in-

gleses. Los únicos testimonios imparciales que hemos podido recoger son los de algunos viajeros franceses o alemanes que regresaban de California por Nicaragua. Estos testimonios son preciosísimos; pero viajeros que tienen prisa de volver a Nueva York o a Europa, tan sólo han visto a medias los acontecimientos y, si bien desinteresados en el asunto, cada uno de ellos no ha podido suministrar más que una parte de la verdad. Mediante la comprobación de esas diversas relaciones, es que podemos hacer un relato casi auténtico.

Chamorro fué nombrado presidente. "Odiaba mortalmente a los americanos y las doctrinas republicanas — dice el autor de *"El Porvenir de Nicaragua"*. Era enemigo irreconciliable de los extranjeros". Esta palabra basta para explicar lo mal que hablaban de él los yanquis. No se debe extrañar que Chamorro estuviese asustado de las empresas de los Estados Unidos en Texas, Méjico, las dos Californias; de sus pretensiones desde hace largo tiempo confesadas sobre el Canadá. Poco importa que fuese amigo de la libertad o de la trianía. A buen seguro era un buen ciudadano. Por otra parte, el nombre de *liberal* no debe ilusionarnos. Este nombre es en la América española una contraseña que cada jefe de partido toma cuando está en la oposición y que deja a su adversario en cuanto llega al poder. En aquel país se pelea por los hombres y no por los principios. Por otra parte, cualesquiera que fuesen las opiniones políticas de Chamorro, el primer acto del nuevo presidente fué desterrar a su adversario. Castellón se refugió con algunos amigos en el Estado de Honduras. Se dice, pero esto no está probado, que en las elecciones sus partidarios fueron alejados del escrutinio por fuerza. Es visible que Castellón, según la costumbre invariable de aquellas jóvenes repúblicas, debía tomar su desquite. Algunos tenientes de Chamorro, después de haber obtenido de él todo lo que podía darles, aseguraron que su tiranía había llegado a ser odiosa, insoportable, y que perecería Nicaragua si no se hacía presidente a Castellón. Enterado de estas disposiciones favorables, el proscripto regresó a Nicaragua con treinta y seis hombres, se le agregaron en Chinandega seiscientos o setecientos soldados de Chamorro, marchó sobre la ciudad de León, de la que se apoderó después de un combate, y puso sitio a Chamorro en Granada, capital de Nicaragua.

Este relato, que es el de los amigos de Walker, me parece ser el más ajustado a la verdad. Guardo silencio sobre los elogios que se hacen de Castellón, "caballero rico, representante del partido liberal, hombre de Estado ilustre, educado en Inglaterra y formado por largos viajes a Europa y los Estados Unidos". Todo esto puede ser cierto; pero el hombre de Estado ilustre hubiera debido recordar que el mayor de todos los crímenes es el de introducir en su patria los ejércitos extranjeros; hubiera debido prever las consecuencias inevitables de esta intervención.

El sitio de Granada duraba ya desde hacía varios meses y Castellón no era aún dueño del país, cuando recibió la visita de un habitante de la Nueva Inglaterra, Mr. Byron Cole, amigo de Walker y bien conocido como propietario de varios periódicos de Boston. Castellón, desalentado por lo largo del sitio y temeroso de un revés de la suerte, quiso asegurarse un apoyo y celebró un tratado por el cual autorizaba a Mr. Cole para ofrecer al coronel Walker 52,000 acres de tierra (cerca de 20,000 hectáreas) a fin de que abrazase su causa. El baldón de este tratado no debe recaer solamente sobre Castellón; éste era tan sólo el jefe del gobierno provisorio. El tratado lo firmaron sus ministros y cómplices, Carbajal, Selva, Jerez, Pineda. Estos nombres, desconocidos en Europa, merecen sin embargo conservarse; la Historia es la picota de los traidores. Walker se apresuró a aceptar las ofertas de Castellón y se embarcó con su tropa el 5 de mayo de 1855 en el puerto de San Francisco en el bergantín "Vesta". El 28 de junio arribó a Tola, en la costa del Océano Pacífico; el 29 puso en derrota una partida de caballería que huyó en dirección a Rivas. Al día siguiente fué a su vez derrotado con pérdida de cuarenta o cincuenta muertos y heridos. Esta batalla es sin duda bien poca cosa comparada con las de Europa; pero en aquel país casi desierto, algunos centenares de hombres deciden la suerte de un imperio. Fácil habría sido aniquilar a Walker; sin reclutas, sin aliados, sin almacenes de guerra, su pequeña tropa debió ser destruída. No se sabe qué accidente detuvo al vencedor. No sabiendo o no queriendo los nicaragüenses aprovecharse de su victoria, Walker escapó. Dos meses después se supo con sorpresa que había desembarcado de nuevo en Nicaragua. En el intervalo los dos jefes de partido habían muerto. Este acontecimiento aumentaba el peligro que corría Walker, el cual no tenía ya pretexto para invadir un país aliado de los Estados Unidos. El general Corral, que lo había vencido ya en Rivas, entre el Océano Pacífico y el lago de Nicaragua, lo aguardaba de nuevo en el mismo sitio y cubría el camino de Granada a la cabeza de mil quinientos hombres; pero Walker encontró un socorro inesperado en la complicidad de la *Compañía americana del tránsito.*

Walker había dado un rodeo para sorprender a Granada. Rechazado por el lado del Océano Pacífico, se había reembarcado con su tropa, había recibido refuerzos de California y, en lugar de empezar el ataque por Rivas como la primera vez, fletó los *steamers* de la compañía americana del tránsito, y el 2 de septiembre marchó desde San Juan del Sur sobre la bahía de La Virgen. El 3 de octubre recibió nuevos refuerzos de California; el 13 llegó frente a Granada, que no estaba en estado de resistir. El asalto duró poco tiempo. El coronel Hornsby, teniente de Walker, forzó la entrada de la ciudad y llegó el primero a la plaza mayor. Durante

el combate se dispararon algunos tiros de fusil desde la alto de la torre de la iglesia de San Francisco. Hornsby corrió hacia allí y puso en libertad, según dicen los relatos americanos, ochenta prisioneros, hombres, mujeres y niños, que estaban cargados de cadenas.

Este combate, que fué tan breve, decidió la suerte de Nicaragua. Para decir verdad, no fué más que una sorpresa, pero el gobierno entero cayó en manos de Walker. La posición de éste hubiera sido crítica, si los nicaragüenses se hubiesen reunido con el general Corral que mandaba suficientes fuerzas para repeler la invasión; pero el mismo Corral se dejó acobardar o seducir. El enviado de los Estados Unidos en Granada, Mr. Wheeler, aceptó la misión que le dió Walker de procurar un arreglo entre los dos partidos. Para apresurar el efecto de este paso, Walker hizo fusilar al señor Mayorga, uno de los ministros del gobierno caído, y amenazó con hacer lo mismo con todos los demás si Corral no se sometía. El infortunado Corral, ya fuese por ahorrar la sangre de sus amigos, o por convicción de su debilidad, reconoció al nuevo gobierno y fué nombrado ministro de la Guerra. Walker recibió el mando en jefe del ejército. Desde el 14 de octubre, al día siguiente de su victoria, se le ofreció la presidencia de la república. Rehusó, comprendiendo que convenía más a sus designios conservar la realidad del poder y echar sobre un nicaragüense la responsabilidad. El señor Patricio Rivas fué nombrado presidente provisorio de la república por catorce meses y, bajo su nombre, Walker, creado general en jefe del ejército de Nicaragua, ejerció la autoridad suprema; pero la opinión pública no se ha engañado y el comandante en jefe del ejército ha sido siempre el único responsable de los actos del nuevo gobierno.

El primer cuidado de Walker, o, si se quiere, del presidente Rivas, fué el de anunciar su éxito a todas las potencias extranjeras y especialmente a los Estados Unidos, a quienes importaba tanto meter y comprometer en esta revolución. El coronel Parker H. French, americano como Walker y teniente suyo, recibió el encargo de ir a Washington y de obtener del gobierno federal que reconociese a Walker y a su testaferro Rivas. La elección del enviado era infortunada y da una idea bastante clara de la composición del ejército de Walker. Se dice que Parker H. French había sufrido algunos años antes una condena en los Estados Unidos. Quizás Mr. Franklin Pierce y su ministro Mr. Marcy hubiesen recibido favorablemente, a pesar de esto, al representante de Nicaragua, si la revolución les hubiera parecido estar asegurada y ser durable, o si no hubiesen temido provocar una seria querella con los ingleses. En las repúblicas españolas los cambios repentinos son tan frecuentes y tan poco motivados, que casi siempre se tiene que

reconocer al gobierno de hecho, sin ponerse a investigar el origen del nuevo posesor. Esto sería meterse en cuestiones enteramente insolubles. ¿Cuál es la elección regular que en estos últimos treinta años ha sido respetada desde el cabo de Hornos hasta el norte de Méjico? Sin embargo no se podía fingir ignorar que unos extranjeros se habían apoderado de Nicaragua por la fuerza. Si Mr. Marcy hubiese parecido olvidarlo, lord Clarendon se hubiera encargado de recordárselo. El presidente Pierce, luchando con su deseo de extender hasta el río San Juan la dominación de los Estados Unidos y el temor de comprometer prematuramente a su país en una guerra con Inglaterra, se negó a recibir al coronel French.

Pero a la vez que el gobierno oficial rehusaba reconocer a Walker, los amigos de éste, los banqueros y especuladores de toda clase que en Nueva York y en el Sur de los Estados Unidos patrocinaban su empresa, se indignaron altamente de la pusilanimidad de Mr. Pierce, lo acusaron de traición e hicieron públicamente un llamamiento al valor y al patriotismo de todos los ciudadanos de los Estados Unidos, en favor del héroe que combatía casi solo por la libertad de Nicaragua y la grandeza de su patria. Los que habían fundado en esta conquista la esperanza de adquirir grandes riquezas; que habían soñado con tener en Nicaragua, como en Texas y California, inmensos terrenos que roturar, con la construcción de un canal y la certeza de inmensos beneficios, con el monopolio del tránsito entre dos mundos, con un estado esclavista para incorporarlo en la Unión; esos, en Kentucky, Tennessee, Alabama, Arkansas, Misisipi, Luisiana, Georgia, las dos Carolinas, formaban *meetings*, reclutaban hombres, recogían dinero, obraban en fin con la actividad y la audacia de un gobierno regular, para remitir refuerzos a Walker y afianzarlo en su conquista. Decían que de los cinco trazados propuestos para atravesar la América Central y la comunicación de los dos océanos, el que presentaba menos dificultades era el de Nicaragua; que la Naturaleza ha realizado ya la mitad de este gran trabajo; que el río San Juan, á pesar de los raudales, permite un fácil acceso hasta el lago de Nicaragua; que este último se comunica directamente con el lago de Managua, el cual se encuentra a corta distancia del Océano Pacífico; que el espacio que separa los dos lagos del Gran Océano es una meseta poco elevada, cubierta de arbustos, de manglares, y es más fácil de perforar que la cordillera de los Andes que se extiende por todo el resto de la América Central; que todas las potencias marítimas (y la marina mercante de los Estados Unidos es superior a la de la misma Inglaterra) tienen el mayor interés, ya sea en apoderarse del país que debe ser atravesado por el futuro canal, ya en neutralizar de antemano esa gran vía de comunicación; que si los ingleses quieren reservarse un paso libre hacia los mares de Australia, los americanos

tienen que custodiar la ruta por la cual desde Nueva York y Nueva Orleáns se va a California; que la construcción del ferrocarril de Panamá a Aspinwall City acorta ya el viaje; pero que esta ruta no está menos lejana de San Francisco; que del gobierno de la Nueva Granada depende el interceptarla a su antojo; que por otra parte ese ferrocarril, construído apresuradamente y con forzada negligencia, es muy peligroso para los viajeros(1); que por consiguiente importa guarecerse de los caprichos de los hombres y de la Naturaleza; que si durante largo tiempo las gentes se conformaron con los transportes a lomo de mula en las montañas de Nicaragua, trabajos recientes han mejorado la navegación del San Juan; que tan pronto como un gobierno regular, firme e ilustrado como es el de Walker, se establezca sobre bases sólidas, la naturaleza de las cosas dará forzosamente a Nicaragua el monopolio del tránsito (2); que es preciso apresurar el momento de esta feliz transformación; que la empresa de Walker ha encontrado gran simpatía universal en Nicaragua; que el mismo clero católico, de ordinario hostil a los herejes yanquis, ha abrazado la causa de Walker con ardor. Se citaba la respuesta dada por éste a las felicitaciones del vicario del obispado de León, que vamos a reproducir en entero, para dar una idea de su estilo y de su carácter.

«29 de noviembre de 1855.

»Reverendo:

»He tenido el placer y la honra de recibir hoy su carta de 26 del corriente. Es para mí muy grato saber que la Iglesia empleará su autoridad en favor del actual gobierno. Sin la ayuda de los sentimientos religiosos y de los que los inculcan, no puede haber buen gobierno; porque el temor de Dios es el fundamento de toda orga-

---

(1) Recientemente un terrible accidente ha probado ser esto así: A seis millas de Aspinwall City, al atravesar un tren un puente construído con madera entre dos montañas, se derrumbó el puente y 600 viajeros procedentes de California fueron precipitados sobre las rocas, a una profundidad de doscientos pies. A todos los que visitan los Estados Unidos les llama mucho la atención las pocas precauciones que se toman en la construcción de los ferrocarriles. En las montañas Alleghanys, entre Filadelfia y Pittsburgh, los trenes dan vueltas tan bruscas en la falda de la montaña, que al llegar a la extremidad de la curva, se inclinan sobre el precipicio como los caballos que galopan girando en un circo. **(Nota del autor).**

(2) Hay otro motivo que debe traer pronto esta revolución en el tránsito de la América Central. Es conocido el humor insolente y pendenciero de los yanquis. En mayo de 1856, pasajeros americanos que regresaban de California, ebrios de cerveza y de whiskey, dispararon tiros de revólver sobre unos negros de Panamá. Estos empuñaron las armas, atacaron a su vez a los agresores y con éstos a todos los demás pasajeros. Más de cuarenta americanos fueron matados; un centenar resultaron heridos y, entre éstos, gran número de viajeros ajenos a la pendencia. El gobierno de los Estados Unidos ha prometido vengar esta matanza de modo estrepitoso; pero ¿quién es el más culpable, el que ataca primero, o el que habiendo sido provocado confunde en su venganza ciega a los agresores y a los testigos inofensivos? **(Nota del autor).**

nización política y social. Las opiniones por las cuales he combatido en Nicaragua están—tengo de ello la firme convicción—, lógicamente deducidas de la doctrina del divino Redentor. En Dios confío para el buen éxito de la causa en que me he embarcado *(in wich I am embarked)* y el sostenimiento de los principios que mantengo. Sin su ayuda todos los esfuerzos humanos son impotentes; pero con ella unos cuantos hombres pueden triunfar de un ejército. Al pedir a usted sus plegarias por el éxito de las empresas que pueda yo intentar y que sean conformes a los preceptos de la Santa Iglesia, soy su muy humilde y muy obediente servidor.

»*W. Walker*».

Se admiraba la moderación calculada de su lenguaje, la elocuencia con que tomaba al Cielo como testigo de la pureza de sus intenciones, y aun cuando en los Estados Unidos nadie se deja engañar por un lenguaje que es común a todos los yanquis y que en nada compromete su conciencia o su conducta, se fingió equivocarse y ver en este aventurero a un santo y a un mártir.

Como no bastaban estas maniobras para asegurarle los subsidios de que tenía urgente necesidad, se acudió a otros medios para exaltar la imaginación popular. Se hacían maravillosas descripciones de Nicaragua. Aquélla es la tierra prometida, el Edén vuelto a encontrar. Las plantas más útiles, las frutas más agradables crecían allí por sí solas en pleno campo y sin cultivo; el cielo estaba siempre puro y sereno, la temperatura era siempre igual y, a pesar de la vecindad del ecuador, la refrescaban los vientos de los dos océanos; el país era tan sano que todos llegaban en él a los cien años. En fin, cosa más maravillosa aún, las mujeres españolas, de una belleza angelical y de una gracia encantadora, tenían un flaco por los jóvenes yanquis, sobre todo por los que portaban armas y se enrolaban bajo las banderas de Walker. "Hasta entre las indias—dice un escritor americano—, la sencillez más refinada, la coquetería más inocente, las virtudes más exaltadas, van unidas al amor de la justicia, temperado por una dulzura que apacigua la cólera de los hombres, siempre irritables e inclinados a las pendencias".

¿Cómo resistir a promesas tan seductoras? Al propio tiempo todos los periódicos del Sur de los Estados Unidos, obedeciendo a la misma consigna, representaban a Walker como traicionado por el gobierno federal y entregado al odio de los ingleses. Se ensalzaba el desinterés con que había rehusado la presidencia. Había desdeñado el poder. Tan sólo había conservado el derecho de morir por la libertad del pueblo de Nicaragua. Desaprobado por su patria, tratado públicamente de pirata sin fe ni ley, había resistido a

todos sus enemigos internos y externos, los había vencido y dispersado. Su gran alma aparecía toda en sus boletines modestos en que relataba su victoria. Sin disimular sus pérdidas, guardando silencio sobre sus propias proezas, realzaba las de sus compañeros. Preveía, sin embargo, que creciendo el número de sus enemigos podría sucumbir; pero se sentía dichoso de verter su sangre por la libertad; se consolaba de morir pensando en que algún día su patria cosecharía el fruto de sus trabajos. ¿No es esto por ventura, decía un banquero entusiasta que había colocado 100,000 dólares en la invasión de Nicaragua, el corazón de Washington con la cabeza y el genio de Napoleón?

Los amigos de Walker empleaban, como se ha podido ver, argumentos de toda clase para excitar las pasiones populares. A los que se preciaban de tener miras políticas más extensas, se les daban razones más positivas. ¿Qué importa, les decían, la justicia o la injusticia de la empresa de Walker? Es útil para los Estados Unidos, ¿qué más queremos? ¿Dejaremos acaso que Nicaragua, escapando de nuestras manos, caiga en las de los ingleses? El interés de la patria, he aquí la suprema justicia. Entre los que sostenían con más ardimiento la doctrina de Monroe y la exclusión de toda intervención europea en los asuntos de América, despuntaba sobre todo Mr. Pierre Soulé, francés de origen, como es sabido, y quien por su elocuencia, muy superior a la de los pesados y verbosos oradores yanquis, ha adquirido una influencia tan grande en el Sur de los Estados Unidos. "Se pretende—decía—, que nuestros intereses no están ligados a los de la política europea, y que deberíamos limitarnos a extender nuestras relaciones comerciales con los países extranjeros, sin mezclarnos en sus asuntos políticos. Sí, señores, convengo en ello, siempre que podamos separar los unos de los otros; pero esto no es posible. Los intereses comerciales están y deben estar necesariamente mezclados con los intereses políticos. La cuestión no estriba en saber cómo podréis evitar esta mezcla; porque ellos se mezclarán a pesar vuestro, desafiarán toda vuestra prudencia, harán caer en falta a vuestra diplomacia; la cuestión consiste en saber cómo los arreglaréis sin peligro para el mantenimiento de vuestra paz y de vuestra prosperidad. Aun cuando lo quisierais, no podríais aislaros enteramente de España, de Inglaterra o de Rusia. Allí están estas naciones adheridas a vuestros costados. Supongamos por un momento que España quiera ceder Cuba a cualquier gobierno que no sea el nuestro: ¿permaneceremos inmóviles? Supongamos que Inglaterra quisiera ejercer, de modo más abierto que lo hace ahora, su dictadura sobre las repúblicas de la América Central: ¿permaneceríamos inmóviles? Supongamos que Rusia vuelva a poner en vigor su úkase de 1821, que extienda el círculo de las prohibiciones que tuvo la audacia de

trazar en torno suyo, y que nos excluya enteramente de las aguas septentrionales del Océano Pacífico: ¿permaneceríamos inmóviles? No, no lo haremos, no podemos hacerlo. Y esto no es todo: supongamos que Inglaterra se deje persuadir de unirse a una coalición europea y que entre en otro *sistema continental;* ¿cuáles serían las ventajas que Europa pudiera ofrecerle que no fuesen ruinosas para nuestros intereses? ¿No podría acaso un nuevo Pozzo di Borgo insinuar en el corazón de un zar insensato la idea, insinuada ya en 1817, de subyugar a los Estados Unidos, a fin de proteger al mundo contra el veneno de sus instituciones?"

Hay en este discurso de Mr. Soulé una hipocresía patriótica mal encubierta por la elocuencia de uno de los oradores más populares de los Estados Unidos. Mr. Soulé sabe perfectamente que ni la libertad ni la independencia de los Estados Unidos pueden ser amenazadas. ¿Y será por otra parte un medio de defenderlas el de atacar a los Estados demasiado débiles? Decís que los salváis de los ingleses: esto puede ser cierto; pero ¿quién impide a los ingleses entrar a su vez en Nicaragua para salvarlo de vuestras manos? Y entre salvadores tan encarnizados, ¡cuántas probabilidades hay de que el infortunado Nicaragua llegue a ser la presa del uno o del otro!

En tanto que se tomaban públicamente las armas por su causa, Walker experimentaba serios embarazos para mantenerse en su conquista. La acción del clima ya se hacía sentir en su pequeña tropa. Nicaragua es malsano. El calor excesivo, la humedad de los valles estrechos y profundos, los miasmas pestíferos que exhalan los pantanos vecinos del mar, mantienen en las costas las fiebres perniciosas de los trópicos. Durante el invierno tenía poco que temer; pero en la primavera el vómito negro podía llevarse a la mitad de sus soldados, mal aclimatados, y dejarlo casi solo. Esto lo temía él tanto más cuanto que se sentía amenazado por un peligro no menos grande.

Sorprendidos y consternados al principio por la vivacidad imprevista de los movimientos de Walker, los nicaragüenses contaron sus invasores y recobraron el valor. Una parte de las tropas regulares huyó a los Estados vecinos de Honduras, Guatemala, San Salvador y Costa Rica. La gran mayoría se quedó en el país sometida a la autoridad de Walker, pero conservando sus armas y, bajo una neutralidad aparente, estaba lista a emprender las hostilidades. En un país casi desierto y sin caminos, una simple aldea puede convertirse en un centro de resistencia. Walker, invencible mientras conservaba su pequeña tropa estrechamente agrupada en torno suyo, no podía, sin correr el mayor peligro, enviar destacamentos en persecución de los insurgentes que aun eran dueños de los campos. En esta crítica situación descubrió que la traición se había

deslizado en su gobierno. El desventurado Corral pronto se arrepintió de su debilidad, que sus amigos calificaban de traición. Traicionar para sí mismo no es nada, el fin santifica los medios; pero traicionar para extranjeros que desprecian al traidor después de haberse servido de él, es el colmo de la desgracia y de la vergüenza. Los restos del partido de Chamorro, que se habían refugiado en el pequeño Estado limítrofe de Costa Rica, reanudaron la correspondencia con él. Corral les escribió que recobrasen el ánimo y que se concertasen con él para socorrerlo cuando llegase el momento de actuar. Mientras representaba este doble papel y abrigaba la esperanza de despachar a Walker a Nueva Orleáns, uno de sus oficiales, el general Valle, más conocido con el nombre de *Chelón el Cazador,* descubrió a Walker la traición, entregándole las pruebas escritas de ella.

Walker se estremeció al enterarse del peligro que había corrido. Corral, ministro de la Guerra, popular en Nicaragua, que gozaba de una reputación de valor bastante rara en aquella latitud, podía sublevar a todo el pueblo contra él. Walker lo sometió a un consejo de guerra presidido por él mismo. Sobre la sentencia no podía caber duda. Fué condenado a muerte y fusilado en el acto por orden de Walker, que era a la vez su acusador y su juez. Era indudable que Corral había violado las leyes de la guerra al conspirar contra un gobierno del cual era miembro; pero traicionar al enemigo de su patria, ¿es acaso traicionar? Dejo a otros el cuidado de decidirlo. Confieso sin embargo que nunca he podido indignarme sinceramente contra los sajones que en el campo de batalla de Leipzig, en lo más recio de la pelea, volvieron sus cañones contra nosotros y salvaron la independencia de Alemania a costa de su honor militar. Los tratados de Viena les han dado tal vez remordimientos; pero cualquiera que sea el caso, el ciudadano que en el fuero de su conciencia ha creído libertar a su patria, encontrará su absolución ante la Historia. La vida y la muerte de Corral eran igualmente peligrosas para Walker. Esta ejecución militar, hecha con las simples formalidades de un consejo de guerra (¡y ya se sabe cuán expeditas son estas formalidades!), provocó una indignación profunda entre los nicaragüenses. Walker se afectó por esto. Su periódico oficial, *El Nicaragüense,* explicó inútilmente el asunto y la traición de Corral. Este pasó por un mártir de la libertad de su patria. El número de gentes que se dirigían a la frontera y se refugiaban en territorio de Costa Rica, aumentaba todos los días. Walker vió venir la revuelta. El dinero empezaba a faltarle. Desde el día de su llegada, con una presteza previsora, había puesto la mano sobre las cajas públicas; pero este fondo de reserva se iba agotando. Sus soldados, cuya paga, considerable al principio, ya no estaba asegurada, empezaban a desertar. El presidente de la pequeña

república de Costa Rica, Juan Rafael Mora, viendo que la caída de Walker estaba próxima, levantó tropas y amenazó la frontera. Walker, acosado, salió del aprieto con un acto de audacia y otro de ingratitud. Declaró la guerra a Costa Rica y embargó los *steamers* de la compañía del tránsito que hace el servicio entre Nueva York y Nicaragua.

Se recordará la parte que esta compañía había tomado en la expedición de Walker a Nicaragua. Había transportado públicamente, y a pesar de la prohibición del gobierno federal, soldados y armas para el servicio de Walker. Sus representantes, citados por fórmula ante el gran jurado de Nueva York, habían sido unánimemente absueltos, y esta absolución, unida a la del coronel Kinney, de Baltimore, quien tuvo que defenderse ante el mismo tribunal del cargo de haber violado la neutralidad de los Estados Unidos al atacar a un país aliado, tan sólo había sido un nuevo estímulo para Walker y sus amigos. Para la compañía había llegado el momento de cosechar el fruto de sus sacrificios. Había creído asegurarse el monopolio de Nicaragua y arruinar, gracias a Walker, la competencia del ferrocarril de Panamá. Los accionistas esperaban una alza enorme y ver duplicados sus dividendos, cuando un decreto del ingrato Walker vino a destruir esas ilusiones y a asestar un golpe funesto a la prosperidad de la compañía. Walker, exhausto de recursos, embargó los *steamers* que traían a Nueva York el oro de California. Este acto de desesperación causó gran sensación en los Estados Unidos. Sus más ardientes partidarios no se atrevieron a defenderlo del título de filibustero. La opinión pública hasta aquel entonces indecisa o engañada por sus protestas de amor a la justicia y a la libertad, se volvió contra él. Los accionistas, cuyos sueños de fortuna habían sido destruídos, lanzaron gritos de indignación. Bien lo había previsto Walker; pero la necesidad lo arrastraba. Este embargo retardaba su pérdida por algunos meses y hasta podía salvarlo. Por otra parte, dispuesto como estaba a jugarse la vida y su fortuna en una guerra sin salida contra la república de Costa Rica y los otros Estados de la América Central, poco le preocupaban las reclamaciones de algunos banqueros cuya codicia decepcionada no inspiraba en los Estados Unidos ninguna compasión. "Si resulto vencedor—dijo a uno de sus amigos—, seré lo bastante rico y poderoso para reparar esa pérdida. Si perezco, ¿qué me importa?"

Poseído de estos sentimientos fué que declaró la guerra a Costa Rica. Este Estado, el más pequeño y menos poblado de la América Central, no tiene más de 120,000 habitantes. Las montañas abruptas que lo cubren, su costa sin puerto, su suelo mal cultivado y sin caminos deberían restarle toda importancia; pero el actual presidente, señor Mora, hombre enérgico y hábil, que había

acogido generosamente a los refugiados de Nicaragua, juzgó que era importante expulsar a tan peligroso vecino antes de que estuviese sólidamente establecido. Apoyado en secreto por los ingleses, que le enviaron armas y municiones, marchó contra Walker. Este, detenido en Granada por el temor de una sublevación, confió el mando de su ejército, compuesto de unos quinientos a seiscientos hombres, al coronel Schlessinger, refugiado húngaro. El ejército costarricense era más o menos igual en el número. Esta guerra se parece bastante a la que Montmartre pudiera declarar a Montrouge; pero si bien los dos ejércitos eran poco numerosos, el objeto de la querella parecía por esto más grande. En realidad se iba a decidir la suerte de la América Central. Shlessinger, sorprendido en su campamento, fué el primero en salir huyendo. Sus soldados le siguieron de cerca, y Walker se vió amenazado en el centro de Nicaragua por los costarricenses victoriosos. No se desalentó. Publicó un boletín en el cual atribuía todo el bochorno de la derrota a la cobardía de Schlessinger. Se descubrió que este valiente coronel húngaro, de quien los periódicos de los Estados Unidos habían hecho de antemano un pomposo elogio, no era más que un antiguo cabo austriaco que había recibido veinte veces la carrera de baquetas en su regimiento y había robado en Alemania sumas considerables. Walker lo hizo buscar y fusilar; luego se puso él mismo a la cabeza de sus tropas y marchó contra los costarricenses. Los encontró en Rivas y libró batalla. Si hemos de dar crédito a su relato, obtuvo una señalada victoria: seiscientos costarricenses fueron matados, mayor número aún heridos o hechos prisioneros, y los americanos habían realizado prodigios de valor.

La verdad, que pronto se supo por testigos oculares y viajeros franceses y alemanes que regresaban de Nicaragua, es que el combate fué muy encarnizado, que hubo grandes pérdidas de ambos lados y que, de común acuerdo, las dos partes abandonaron el campo de batalla. No hubo persecución; pero una batalla indecisa equivale para Walker a una derrota. En vano se jactó de sus triunfos imaginarios; en vano publicó las cartas interceptadas de lord Clarendon para el presidente de Costa Rica; en vano se quejó de la intervención secreta de los ingleses y provocó *meetings* en los Estados Unidos por medio de sus amigos: todos estos recursos de un hombre desesperado se agotaron pronto. En vano Mr. Soulé, en un *meeting* celebrado en Nueva Orleáns, declaró que bastarían 350,000 dólares para asegurar el triunfo de Walker y la libertad de Nicaragua: sólo unos treinta oyentes respondieron a este llamamiento. Las gentes se cansaron de mandar dinero y hombres. Los mismos jefes del partido demócrata del Sur, que al principio se habían mostrado llenos de entusiasmo, se enfriaron sensiblemente. El general Cass, con pretexto de mala salud, rehusó asistir al

meeting celebrado en favor de Walker. Los otros hombres políticos más importantes se mantuvieron apartados. Se veía a Walker perdido y entre los yanquis nadie siente compasión o simpatía por el que fracasa. Al mismo tiempo, Guatemala, Honduras, El Salvador, animados por los reveses de Walker, formaron una liga contra él. La estación, demasiado avanzada, ha hecho que se suspendan las hostilidades; pero ha dado tiempo a los enemigos de Walker para reunirse, para contarse, para ver su superioridad, y a sus amigos para descorazonarse. En vano el padre Vijil, fraile nicaragüense enviado por él a Washington, ha obtenido del gobierno federal el reconocimiento de su gobierno; esta concesión, demasiado tardía y hecha con el designio de asegurar la reelección del presidente Franklin Pierce, no ha podido ocultar la debilidad real de Walker. El mismo Mr. Pierce se ha arrepentido de ella con su ligereza e inconsecuencia habituales; ha hecho rogar al padre Vijil que se vuelva a Nicaragua, y este enviado de Walker, viendo claramente que no había nada que esperar del gobierno federal ni de los simples particulares se ha ido sin pesar y sin esperanza. Los últimos despachos de Nicaragua están llenos de oscuridad. De un lado Walker ha sido electo presidente por unanimidad, como se debía esperar; de otro, Patricio Rivas, su predecesor, ha tomado las armas contra él y hace campaña con 1,500 hombres. Añádase a esto la falta de dinero y de refuerzos, la alianza de los otros cuatro Estados de la antigua confederación guatemalteca, cuyas tropas avanzan en este mismo momento en Nicaragua, la hostilidad de Inglaterra, la indiferencia de los Estados Unidos, y se llegará con nosotros a la conclusión de que si la ruina de Walker no está ya consumada, cuando menos parece inminente.

Importa poco que viva o muera. Tales héroes son célebres, reciben honores, son gloriosos mientras disponen de la fuerza; porque la fuerza es todopoderosa y admirable. La fuerza es verdadera, la fuerza es equitativa; tiene genio, felicidad y hasta virtud. Es la única divinidad que no se equivoca nunca. ¡Que aquellos a quienes lleva de la mano y que sólo tienen fe en ella, no la suelten! Cuanto mayor es la altura de que caen, tanto más mortal es su caída. La Historia recoge sus restos con desprecio y asco y los tira a la posteridad. Dentro de poco Walker será tal vez un ejemplo sonado de esto. Suceda lo que sucediere, no desesperemos del porvenir de Nicaragua. En los Estados Unidos las gentes más honradas, sin aprobar en principio la conducta de Walker, creen justificarla diciendo que el árbol, aunque malo, dará buenos frutos; que la raza hispanoamericana es indolente, sin capitales, sin inteligencia y sobre todo sin energía; que la invasión de Walker le dará nueva vida; que después de estos aventureros, que sólo conocen el revólver y el *bowie knife,* vendrá la masa de emigrantes laboriosos, in-

dustriosos, sometidos a las leyes. Es preciso, dicen, que ese continente se abra para dar paso a los hombres; es preciso que antes de cincuenta años las comunicaciones lleguen a ser por allí tan frecuentes entre China y Europa, como lo son hoy día entre Inglaterra y Francia. En las grandes luchas industriales hay siempre, entre grandes bienes generales, muchos males particulares. Después de la batalla cada partido entierra sus muertos y los que quedan vivos hacen alianza. ¿No ha devorado siempre el fuerte al débil? Los griegos destruyeron a los pelasgos, los romanos destruyeron a los griegos, los bárbaros del Norte a los romanos. Todas las razas se extingen sucesivamente. ¿Quién se acuerda ya del mamut y de los animales antediluvianos? ¿Quién se acuerda de los onontagues y de los tsonontuanos tan célebres en el Canadá? ¿Quién echa de menos a los abenaquis de Arcadia, a los papuas de Van Diemen? La gran unidad de razas que se prepara no es, propiamente hablando, la fusión de las razas humanas, sino la desaparición de las otras razas ante la raza anglosajona, que debe cubrir al mundo entero dentro de algunos siglos.

Así hablan con cándido orgullo muchos yanquis, gentes muy honradas, ardientes patriotas, pero malos razonadores. Me gusta más el discurso de un español amigo mío, hombre de muy buen sentido y de ingenio, que decía un día: "Dejemos a esas gentes entregadas a su locura. Nacieron ayer y el orgullo de vivir ya les ha trastornado el seso. Proscriptos de todas las razas, se creen la flor de la humanidad. Aspiran a la dominación. ¿Qué han dado al mundo para tener el derecho de gobernarlo? ¿De qué grandes hombres están llenos sus anales? De Washington, hombre honrado, egoísta y mediocre; de Jackson, soldado brutal y pérfido, verdadero soldadote; de Cooper, el más fastidioso de los novelistas. Si por desgracia llegara a realizarse su sueño, se establecerá con ellos en toda la tierra un sistema de egoísmo, de *cant*, de hipocresía religiosa, de garrulería política, de opresión industrial, de tristeza inmensa y universal. ¡Qué mundo tan melancólico aquel en que todas las noches, a la misma hora, de un polo al otro, se tomará té y emparedados, se leerá la Biblia todos los domingos, después de haber vendido toda la semana carne salada y algodón! No, las razas no están condenadas a perecer. Dejemos que esos yanquis fanfarrones ponderen sus almacenes llenos de mercaderías y de compradores, sus toneles rebosantes de cerveza, sus cofres repletos de oro, sus ciudades atestadas de habitantes. Eso es la riqueza, la fuerza material: no es la felicidad. Están condenados a la muerte lenta del trabajo sin esperanza y sin fin. Que vuelvan los ojos al Sur. Entre esos pueblos que ellos desprecian porque el vino y el sol hacen allí las veces del pan y de la libertad, ¿hay acaso algunos que sean más miserables que lo son ellos? Dios ha castigado su orgullo y su codicia. Trabajan y no cosecharán el fruto de su trabajo".

Yo lo interrumpí: "Los odiáis porque os suceden—dije—; pero confesad que esos yanquis son un gran pueblo"—. "Los odio —me contestó—, no porque nos sucedan, sino porque ellos nos odian a nosotros y a todas las otras naciones. Lea usted sus periódicos y los de los ingleses, que no valen más. Se cree oír siempre la plegaria del fariseo: *Señor, deja caer tus miradas sobre tu servidor. He practicado la justicia y la limosna. Ese publicano peca todos los días contra ti. ¿Lo dejarás entrar conmigo en tu paraíso?* De los dos ladrones entre los cuales fué crucificado el Salvador, uno era seguramente inglés y el otro yanqui".

Esta humorada nos hizo reir. Por lo que hace a mí, estoy muy lejos de odiar a mi prójimo, aunque sea fariseo, y encuentro demasiado severo el juicio del español. Algo se debe perdonar a los vencidos. Lo que hay de cierto es que de grado o por fuerza los americanos del Norte poblarán y poseerán la América Central. Todos los esfuerzos de Inglaterra y de algunos hombres valerosos no conseguirán retardar este acontecimiento. Walker será expulsado sin duda; pero ¿se puede acaso expulsar a los mercaderes, los industriales y los colonos? ¿Se puede por ventura detener esa ola irresistible que empuja a las poblaciones de Europa hacia los Estados Unidos y a las de los Estados Unidos hacia el Océano Pacífico? El género humano gira como el globo terrestre de Oriente a Occidente. Este es un movimiento tan lento, tan regular como el de los astros. ¿A qué apresurarlo o retardarlo por la violencia? Las fuerzas humanas, limitadas por su misma naturaleza, no pueden vencer a la invencible Providencia. La meta hacia la cual marchamos es desconocida, pero el camino está trazado; el que hemos recorrido ya indica lo bastante el que nos falta por hacer. Si los astrónomos calculan la marcha de los planetas, ¿por qué no hemos de calcular la del género humano? Toda ciencia descansa en principios fijos, pero desconocidos y que no se dejan descubrir por los hombres, hasta después de siglos de observación paciente y reflexiva.

ALFRED ASSOLLANT